

tiempo y, quizá, toda la vida. Por ello se recomienda un tratamiento psicoterápico –basado en la catarsis– que permita un reencuentro con los propios principios.

(En raros casos, al parecer, el síndrome se debe a un fenómeno de *transferencia* y no de identificación. No voy a entrar en el matiz. Pero aclararé que también en estas ocasiones la causa está en el miedo con la consiguiente regresión a lo infantil.)

El síndrome de Estocolmo es, en suma, la patología de una relación. Y, para que surja, resulta necesario, por lo tanto, que esa relación se produzca; que la víctima y el terrorista establezcan una comunicación, un diálogo.

No aparecerá el síndrome, pues, si el rehén ha permanecido en una situación de aislamiento. Y aparece casi siempre, por el contrario, cuando la relación ha tomado bastante intensidad, que es lo habitual en los secuestros prolongados. El rehén conversa con sus captores y hasta juega a las cartas con ellos. Hay tiempo para todo.

A lo largo de la gestión de rescate –nos recuerda Alonso Fernández– la víctima elabora la esperanza de salir indemne siempre que los suyos (familia, policía, autoridades) accedan en seguida a las exigencias. Y, en el fondo, se irrita contra ellos y los hace responsables únicos de todas las dificultades y retrasos.

Naturalmente, la reacción de Estocolmo puede presentar grados diversos. Alguna persona, tras su liberación, hasta ha ayudado a los secuestradores en problemas familiares. Y, a veces, ha llegado a apoyar, de una u otra manera, la causa que representan. Recordemos a la joven millonaria Patricia Hearst, secuestrada por el grupo Simbiótico. Terminó uniéndose a los terroristas y disparando con ellos su metralleta.

El síndrome se produce también –cuestión muy importante– en los secuestradores. Simpatía mutua. Y es que el trato personal con el rehén

(un rehén, además tan “comprensivo”) acaba despertando en ellos sentimientos humanos. Lo cual hace más difícil, claro está, que puedan suprimirlo de una manera fría. A veces esta simpatía sólo aparece en ciertos terroristas del grupo: los de espíritu más sensible o, si se quiere,

Sabiendo, desde luego, que esa persona, cuando se encuentre libre, hará declaraciones incómodas y tomará actitudes irritantes.

“El precio que debemos pagar por un rehén vivo –afirma Strentz, uno de los mejores estudiosos del síndrome– es un rehén hostil”.



El miedo a morir está presente desde el primer momento en los secuestros.

re, los de espíritu más débil.

Ciertamente puede darse un secuestro prolongado sin que aparezca el famoso síndrome. Ocurre así en los rehenes –excepcionales, desde luego– que no sienten miedo a morir. Y en los que saben acorazarse creando un aislamiento psicológico: negándose a hablar con los terroristas, por ejemplo, o marcando una distancia mental que deshumanice la relación. Pero esto, naturalmente, aumenta el riesgo de asesinato –al no crearse un lazo personal– si las negociaciones para el rescate presentan problemas.

Todos los autores opinan que, mientras dura el secuestro, las autoridades y la familia deben actuar de forma adecuada *para que se desarrolle* el síndrome de Estocolmo. Porque así aumentamos las posibilidades de recuperar vivo al rehén.

Gota a gota

- El 80 por ciento de los médicos, en Rusia, son mujeres.
- Algunas personas se refugian en la glotonería como otros lo hacen en la bebida. Comen sin freno (y engordan) para combatir, en el fondo, su ansiedad.
- La *coprolalia* es la necesidad obsesiva de pronunciar palabras sucias u obscenas.
- El orgullo suele ocultar una marcada inseguridad (y a veces –no siempre– el orgulloso lo sabe).

Francisco Torres
Médico-psiquiatra